

De lo enunciativo en la Agricultura Familiar a la reproducción de las familias rurales: entre los desafíos productivos y los demográficos.

Jorge Luis Cladera*
UBA-MinAGyP de La Nación

En los últimos años, los países del Mercosur han convenido la acción coordinada de determinadas líneas de acción estatales. Una de estas líneas, promovida por las experiencias en el tratamiento de la problemática alimentaria en Brasil, ha alcanzado hoy carácter internacional a través de la FAO. Se trata de la consolidación de espacios institucionales estatales dirigidos a una categoría social que adquirió fuerza en estos últimos tiempos: la Agricultura Familiar.

Si se tiene presente el origen más político que académico del término, se entiende su escasa y difícil asibilidad teórica. No obstante, la categoría de Agricultura Familiar (a partir de ahora, AF) sirvió, al menos en Argentina, para posicionar a sectores sociales marginales productiva y geográficamente, en tanto sujetos de políticas estatales específicas: me refiero a campesinos y pueblos originarios. Los principales argumentos para activar políticas puntuales para estos sectores se sostienen, precisamente, en una reinterpretación de aquellas dos condiciones de marginalidad, tomadas no ya como problemas sino como potenciales oportunidades, o si se quiere, “servicios” que la agricultura familiar brinda a nuestro Estado.

Repensadas de este modo, se arguye que la Agricultura Familiar asegura, por un lado, la presencia humana en amplios espacios casi vacíos y de gran aislamiento de la geografía nacional. En segundo lugar, al vivir en dichas geografías marginales, la AF pone en valor territorios de otro modo improductivos, obteniendo de ellos una diversidad de alimentos que, por su escaso margen de rentabilidad, no son producidos por sectores de capital (ya sea por tratarse de alimentos no convencionales – por dar un ejemplo, quesos de oveja o papines andinos – o bien, por tratarse de territorios no rentables – por ejemplo, hortalizas en la Puna).

Consecuentemente, las acciones institucionales que se vienen promoviendo en los últimos años desde diferentes carteras de financiación y distintos equipos técnicos, apuntan a resolver problemas relacionados con ambas líneas mencionadas: por un lado, el arraigo de los productores familiares en sus lugares de origen; por otro, la consolidación de condiciones para que se mejore la producción agropecuaria en dichas localidades. Claro que los sujetos incluidos en esta compleja categoría resultan sumamente diversos, y están expuestos a problemáticas muy diferentes, según el espacio geográfico y la provincia a la que hagamos referencia. En amplios territorios del país, el principal y más urgente problema que sufren se relaciona con la expulsión directa de la tierra debido a la expansión de la frontera agraria, tema que no trataremos en esta oportunidad.

*Licenciado en Cs. Antropológicas por la Universidad de Buenos Aires. Investigador del Centro Universitario de Tilcara (FFyL – UBA) y Técnico de la Subsecretaría de Agricultura Familiar, delegación Jujuy (MinAGyP de La Nación).

En mi trabajo cotidiano, me ha tocado asistir como técnico a uno de los territorios productivamente más marginales del país, en el que no obstante – o acaso por eso mismo – se siguen recreando prácticas, saberes y variedades agrícolas milenarias como en ningún otro espacio de la geografía nacional. Me refiero a las sierras subandinas de Salta y Jujuy. Reflexionando acerca de mis experiencias como agente de aplicación de políticas en una escala microscópica, en el ámbito local, me permito preguntarme si acaso la relación entre ambos “servicios” que presta la Agricultura Familiar – o ambas marginalidades que sufre –, es tan lineal como parece a golpe de vista. O, transformado en una pregunta: ¿Son los problemas para la radicación de la población rural dispersa, y los problemas para la producción de alimentos en dichas localidades, resolubles mediante la aplicación de las mismas acciones de intervención?

Las acciones de un Equipo de Desarrollo Socioterritorial en las sierras subandinas de Salta y Jujuy

Desde el año 2007 y hasta el 2012, participé en un equipo técnico que aún actúa – aunque ya sin mi presencia como miembro – en un territorio de sierras subandinas del noroeste argentino. Participé de este equipo, primero en calidad de becario de práctica profesional para una agencia de extensión del INTA, y luego en tanto técnico de la Subsecretaría de Agricultura Familiar, del MinAGyP de La Nación.

El territorio de acción al que hago referencia está constituido por un sistema de sierras subandinas de gran altura – las máximas cumbres superan los 4500 msnm – que actúan de límite jurídico entre las provincias de Jujuy y Salta, en una pequeña porción de su área de contacto. Estas mismas sierras actúan de barrera natural para las precipitaciones provenientes del este, ofreciendo por esto mismo dos paisajes muy diferentes en cada una de sus laderas. La ladera nororiental (correspondiente a la provincia de Salta), recibe entre noviembre y marzo la mayor parte de los aportes hídricos, presentando por ello ambientes de selva de montaña (paisaje denominado el *monte* por la población local) en sus zonas bajas (hasta los 1500 msnm); y en los territorios altos (entre los 1500 y los 3000 msnm), ambientes de bosque montano y praderas de altura, paisaje denominado por los pobladores como el valle. En cambio, la ladera sudoccidental (en territorio de Jujuy) se caracteriza por un paisaje árido de prepuna, sólo irrigado por los grandes ríos de fondo de quebrada que no obstante corren todo el año por ser cabecera de aguas. Este paisaje es denominado por los locales, sucintamente, como *jujuy*. Cuando hagamos referencia a este espacio en su carácter de unidad de paisaje y no de jurisdicción política, lo nombraremos *jujuy*, en minúsculas, para evitar confusiones.

Esta diversidad ecológica es aprovechada por las poblaciones locales, mediante la práctica de diferentes desplazamientos trashumantes a lo largo del año por los tres ambientes – *el monte, el valle y jujuy* – según las condiciones climáticas óptimas en cada estación. Durante estos traslados se puede desplazar a toda la unidad familiar, a una parte de ella – en caso del ganado ovino –, o bien sólo a los animales – en caso del ganado bovino. Asimismo, cada piso

Debido a estas características productivas, las familias del territorio en cuestión producen una gran diversidad de alimentos. Unos pocos de estos productos – habas y arvejas – tienen un destino fundamentalmente mercantil. Otros productos se consumen localmente aunque un importante excedente es usado para la venta en mercados regionales (Humahuaca, Orán, Perico, etc.); principalmente, tubérculos andinos (papas andinas, papalisas y ocas), así como carne ovina y bovina; en segundo lugar, también hortalizas (ajo, cebolla, zanahoria, etc.) y quesos de oveja, que se realizan en verano en *el valle* salteño. Por último, algunos productos son de consumo casi exclusivo familiar y local, tales como forrajes y cereales – alfalfa, trigo, cebada – en *jujuy*, maíces, frutales y zapallos en *el valle*, o cítricos en *el monte*.

Durante el tiempo en que fui técnico, participé junto al equipo territorial y a las comunidades locales, en la ejecución de ocho proyectos de desarrollo con fondos no reembolsables (subsidios), de tres fuentes de financiación diferentes (dos de programas nacionales, y un programa internacional).¹ En total, estos proyectos significaron una inversión directa en materiales y equipos de obra – sin contar movilidad ni intervención técnica – de más de \$650.000 destinados de manera directa a unas 275 familias de cuatro comunidades indígenas diferentes en ambas laderas de las sierras, es decir, tanto en *jujuy* como en *el valle* de Salta.² Estos fondos se emplearon en la instalación y mejoramiento de invernaderos familiares; en la construcción de dos redes de agua domiciliar y potable para para abastecer a 160 familias; en el arreglo de un sistema de riego que incluyó siete canales principales y varios canales menores; en la creación de un Fondo Rotatorio para préstamos comunales, etc. Sin embargo, cuatro de los proyectos mencionados (uno por cada comunidad indígena), se destinó a la ejecución de mejoras o emprendimientos de tipo familiar. En esta oportunidad, es en este último tipo de proyectos en el que me quiero detener, ya que es en ellos en donde se observa la lógica de prioridades que impulsan a cada unidad doméstica a tomar sus decisiones espaciales así como agropecuarias.

Qué proyectos de desarrollo familiar elige gente que se mueve

Como recién señalé, me detendré en esta oportunidad en la ejecución de los **proyectos familiares**, llevados a cabo en cuatro comunidades diferentes de ambas laderas de las sierras. Se trataba de proyectos para cualquier tipo de demanda que solicitara cada unidad familiar. La entidad garante en cada caso era la Comunidad Indígena de pertenencia. Esto implicaba que todos los proyectos solicitados debían ser presentados ante la asamblea de la comunidad en cuestión para su aprobación: el equipo técnico debía acatar la decisión de la asamblea comunitaria. Casi siempre, todo proyecto solicitado recibía en la misma oportunidad la autorización colectiva. Sólo hubo dudas respecto de casos muy puntuales presentados por vecinos éticamente cuestionados, y en ningún caso significó la anulación del proyecto sino la demanda de diferentes condiciones para obtener la aceptación comunitaria. De manera que podemos decir que, en buena medida, la decisión sobre qué hacer con cada proyecto familiar corrió por cuenta autónoma de cada unidad familiar.

1- Durante este tiempo de actividad, se ejecutaron también acciones y proyectos en otras comunidades, aunque fuera del área de estudio en esta oportunidad.

2- *El monte* en Salta, dada su mayor accesibilidad desde la ciudad de Orán, era ámbito de acción de otro equipo territorial.

El programa al que se solicitó financiación para estos proyectos contaba con dos “componentes”, es decir, dos carteras de subsidio diferentes. Ambas carteras respondían claramente a los dos objetivos de fortalecimiento de la AF señalados al principio de este documento: es decir, el incentivo a la producción de alimentos por un lado, y el arraigo de la población en el campo por otro. Consecuentemente, una de las carteras del programa se denominaba “productiva”, y la otra, de “proyectos no productivos”. Se consideraba como “productivos” a aquellos proyectos visualizados como los que potenciaban la capacidad agropecuaria de los predios rurales, ya fuera mediante el mejoramiento de las instalaciones o condiciones agro ganaderas, o bien, por la incorporación de transformadores de materias primas. En tanto, por emprendimientos no productivos se aludía a proyectos que mejoraban la calidad de vida de los productores sin constituir transformaciones en su capacidad productiva.

Repito que en la producción de los diagnósticos comunitarios no se puso ningún reparo a qué “componente” debía primar, y en cambio la elección de aquella prioridad más urgente para cada caso quedó librada a la elección familiar y al aval comunitario.

A continuación podemos observar para qué destino fueron solicitados – y ejecutados – los proyectos en cuestión. Aclaramos que, para asegurar la “intrazabilidad” de la información, no haremos ningún desglose por comunidad, sino que presentaremos sólo los resultados globales:

| TEMA DEL PROYECTO | COMPONENTE | N° DE PROY. FLIARES./RUBRO | % SOBRE EL GLOBAL DE PROYS. |
|-------------------------------------------------------------------|------------|----------------------------|-----------------------------|
| Mejora o construcción de vivienda | NO PROD. | 30 | 40% |
| Instalación de cerramientos de alambre | PRODUCTIVO | 19 | 25,3% |
| Compra de ganado (bovinos, equinos, ovinos) | PRODUCTIVO | 8 | 10,7% |
| Acond./instalación de invernaderos | PRODUCTIVO | 5 | 6,7% |
| Negocios (almacenes y hospedajes) | NO PROD. | 5 | 6,7% |
| Herram. agrícolas (arados, yugos, etc.) | PRODUCTIVO | 3 | 4% |
| Sistemas de conducción de agua | PRODUCTIVO | 3 | 4% |
| Otros emprendimientos productivos vecinales (panadería, herrería) | PRODUCTIVO | 2 | 2,7% |
| TOTAL DE PROYECTOS FAMILIARES | | 75 | 100% |

Cuadro N°1: destino de los proyectos familiares

Lo primero que pone en evidencia este cuadro es que, quedando librado a cualquier posibilidad de elección, una notable mayoría de las unidades domésticas – el 40% – optó por mejorar o construir la propia vivienda. El problema de la vivienda es evidente, y no sólo en ámbitos rurales; en contextos urbanos es, también, la primer dificultad a sortear para los sectores populares, antes incluso que la obtención de un trabajo remunerado. Pero en contextos

específicos de ruralidad como el que hoy nos compete, este dato adquiere otras lecturas complementarias.

¿De qué tipos de mejoras se trataban los proyectos de viviendas? Hay que tener presente que hablamos de montos muy pequeños de dinero, totalmente insuficientes para la construcción de una vivienda. En realidad, los montos ayudaban a la compra de insumos de construcción básicos que no se pueden obtener en la zona, atendiendo a que el tipo de construcción tradicional en las sierras es en adobe, con cimientos de piedra y techo de quincha de caña y torta de barro (*techos de torta*), aunque hoy se asiste a un rápido proceso de reemplazo técnico por techos de chapa, por razones que no podremos detallar en esta oportunidad. Los insumos no disponibles que pudieron obtenerse mediante los proyectos familiares fueron cemento (empleado para los cimientos de piedra); hierro enroscado (para realizar los encadenados); aberturas (techos y ventanas, que antes se confeccionaban con maderas de las tierras bajas de las mismas sierras, y hoy conviene comprar afuera); conexiones eléctricas. Y muy especialmente, materiales para el reemplazo del techo tradicional: chapas, tirantes, alfajías, clavos, y machimbre para los cielorrasos.

Hasta aquí hemos visto en qué consistieron las acciones constructivas. Resta sin embargo, señalar por qué era ésta la principal demanda de las unidades domésticas a la hora de ofrecer proyectos familiares con un espectro tan amplio de índoles posibles.

Para pensar este segundo punto, debemos incorporar en nuestra interpretación a una institución estatal cuyos impactos en las dinámicas locales son enormes: las escuelas.

Cómo afecta la escolaridad a los proyectos de desarrollo local

Podemos identificar que, en el conjunto global de casos, los “proyectos no productivos” se concentraron en dos campos de interés: mejora o construcción de la vivienda, y muy por detrás, negocios vecinales (insumos y equipos para almacenes y, en un caso, hospedaje para docentes escolares). En total, ambos campos suman 35 proyectos, es decir, un 46,7%. En tanto, los componentes productivos, de muy diversas opciones, conforman el 53,3% restante. Vemos que entre ambos campos de demanda no hay diferencias sustanciales; al contrario, constituyen prácticamente la mitad de los emprendimientos cada uno.

Uno de los principales motivos que se argumentan para elegir el emprendimiento familiar seleccionado es **la escuela**. Esto puede tener que ver con varios motivos: con que la unidad familiar tiene hijos escolarizados que deben concurrir a ella durante cinco días semanales; con que alguno de los adultos de la unidad familiar trabaja de empleado en la escuela; o por fin, con que el proyecto solicitado apunta a mejorar la venta de alguno de los productos o servicios que brinda la unidad familiar de manera regular a la escuela o a algunos de sus docentes (la escuela como cliente de servicios). Por otro lado, tenemos proyectos que en ninguno de estos aspectos guardan relación con la escuela.

Si completamos el cuadro anterior con la siguiente pregunta: ¿El proyecto elegido, tiene relación con la escuela?, se nos presentan los siguientes resultados:

| TEMA DEL PROYECTO | N° DE PROYS. POR RUBRO | ¿EL PROJ. GUARDA RELACIÓN CON LA ESCUELA? SI | ¿EL PROJ. GUARDA RELACIÓN CON LA ESCUELA? NO | % DE PROYS. RELACIONADOS CON LA ESCUELA |
|-------------------------------------------------------------------|------------------------|-------------------------------------------------|-------------------------------------------------|-----------------------------------------|
| Mejora o construcción de vivienda | 30 | 22 | 8 | (73,3%) |
| Instalación de cerramientos de alambre | 19 | 5 | 14 | (26,6%) |
| Compra de ganado (bovinos, equinos, ovinos) | 8 | 4 | 4 | (50%) |
| Acond./instalación de invernaderos | 5 | 2 | 3 | (40%) |
| Negocios (almacenes y hospedajes) | 5 | 4 | 1 | (80%) |
| Herram. agrícolas (arados, yugos, etc.) | 3 | 1 | 2 | (33,3%) |
| Sistemas de conducción de agua | 3 | 0 | 3 | (0%) |
| Otros emprendimientos productivos vecinales (panadería, herrería) | 2 | 0 | 2 | (0%) |
| TOTAL DE PROYECTOS FAMILIARES | 75 | 38 | 37 | (50,7%) |

Gráfico N°2: Relación de los proyectos familiares con las escuelas

Vemos que, hasta aquí, no parece observarse una tendencia concreta. Lo significativo acaece al distribuir los diversos emprendimientos entre ambas carteras de proyectos (emprendimientos productivos por un lado, y emprendimientos no productivos por otro). Haciendo esto, obtenemos los siguientes resultados:

| TEMA DEL PROYECTO | N° DE PROYS. | ¿RELACIÓN CON LA ESCUELA? SI | ¿RELACIÓN CON LA ESCUELA? NO | % DE PROYS. RELACIONADOS CON LA ESCUELA |
|------------------------------------------------|--------------|---------------------------------|---------------------------------|-----------------------------------------|
| Emprendimientos NO PROD. (viviendas, negocios) | 35 | 26 | 9 | (74,3%) |
| Emprendimientos PRODUCTIVOS | 40 | 12 | 28 | (30,0%) |
| TOTAL DE PROYECTOS FAMILIARES | 75 | 38 | 37 | (50,7%) |

Gráfico N°3: Relación entre ambas carteras de proyectos y las escuelas por proyecto familiar

Como se ve, en este cuadro sí se expresa una clara tendencia. Mientras que casi tres cuartos de los proyectos de vivienda y negocios de expendio guardan alguna relación con la escuela, menos de un tercio de los emprendimientos productivos (para mejorar la producción primaria, o incorporar una producción secundaria) guardan alguna relación con la escuela. Podemos incluso manifestar algunos datos más ilustrativos. Por ejemplo, en dos de las comunidades en que se desarrollaron estas carteras de proyectos, la suma de los proyectos de vivienda relacionados con la escuela llega al 100%. La pregunta que se nos suscita es la siguiente: ¿Por qué ocurre esto? ¿Por qué se manifiesta esta marcada relación entre proyectos no productivos – especialmente de vivienda – y escuela?

Las familias “escolarizadas” requieren estabilidad económica

En muchos casos, la explicación tiene que ver, simplemente, con que los niños de la unidad familiar están en edad escolar, y requieren de una vivienda más cercana a la escuela para poder ir y volver en el día, cosa que no pueden hacer si deben regresar a sus casas ubicadas en los parajes tradicionales de la familia, distantes a veces varias horas del colegio. Por otro lado, la escuela es una instancia que, en estos contextos de gran dispersión geográfica no sólo demandan a las familias, sino que también ofrecen. Por supuesto, la escuela ofrece una oportunidad futura, y es lo que visualizan todos los padres en las sierras y el motivo por el cual procuran que todos los niños vayan a la escuela. Es visto como una oportunidad de salir del círculo de una forma de vida, concebida por los mismos pastores como una vida de pobreza y carencias. Por lo tanto, allí reside uno de los principales motores para que los padres procuren por todos los medios a su alcance que los niños puedan asistir a alguna escuela.

Pero asimismo, la escuela constituye una oportunidad laboral muy valorada en estas localidades remotas. En efecto, todas las escuelas rurales de estas localidades incorporan directamente un conjunto significativo de vecinos en calidad de personal no docente: incluyendo categorías tales como “celador”, “portero”, “maestranza”, “cocinera”, “limpieza”, “encargado de invernadero”, etc. Todos estos cargos constituyen oportunidades para que, a través del pago de salarios municipales o pagos formales del ministerio de educación, algunos padres puedan contar con pequeñas remuneraciones monetarias mensuales, que de esta manera – y por ser mensualizadas – reducen drásticamente los riesgos que implica sostener la canasta familiar exclusivamente con trabajos agropecuarios. Sencillamente resulta imposible para los padres de familia mantener a los hijos sólo mediante la producción agrícola propia. Es por esta razón que la gran mayoría de los padres jóvenes “salen” varios meses al año a vender su fuerza de trabajo en distintos polos agrícolas del país, sobre todo a Mendoza, la poroteada en Salta, y la cosecha de tabaco en el Ramal jujeño. La posibilidad de disponer de una remuneración mensual en la propia localidad de origen, tal como ofrece la escuela, es entonces de un valor nada desdeñable, incluso cuando signifique menores ingresos que los de “hacer temporada afuera”, ya que no hay gastos de movilidad ni de manutención, y asimismo no requiere el alejamiento de los seres queridos.

Indirectamente, la escuela también genera otras movilizaciones económicas de pequeñísima escala, pero de enorme impacto en términos locales. Por ejemplo, la compra de insumos de diverso tipo, sobre todo, alimentos para proveer al comedor estudiantil: productos agrícolas y avícolas locales³ – papa, maíz, habas, hortalizas, huevos, pan. Esta posibilidad es muy valorada por los vecinos, que ven en las escuelas locales una oportunidad de retorno diaria y relativamente segura para la venta de pequeñas cantidades de productos agrícolas. Además, las escuelas rurales movilizan otro tipo de recursos muy valorados a nivel local. Uno de los principales lo constituyen los salarios docentes, ya que los docentes deben permanecer durante la semana en la localidad y deben consumir comida todos los días, lavar la ropa, y tener un alojamiento. Estos servicios son frecuentemente brindados por las familias de los parajes aledaños, incluyendo en algunos casos hospedaje, un ingreso mensual valioso, seguro y reutilizable.

Todos estos aspectos impactan enormemente en la economía microlocal. Conforman motivos significativos para estimular a las familias a renegociar sus vínculos con las escuelas y, consecuentemente, también con las tropas de ganado, como veremos a continuación.

Tensiones y negociaciones entre el ciclo lectivo y el ciclo agropecuario

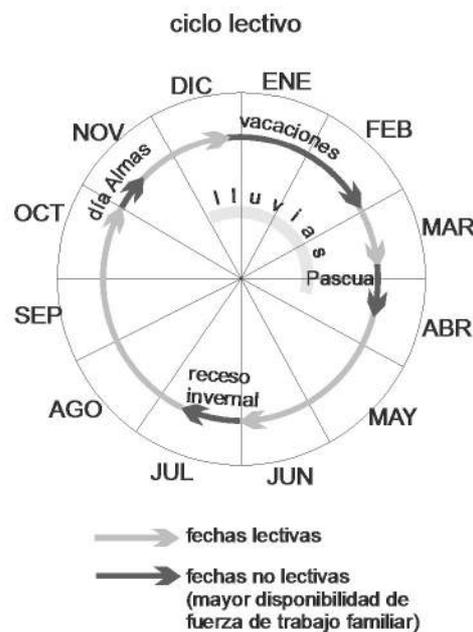
La escuela constituye, junto con la Capilla católica y hoy, también, el Templo evangélico, la posta sanitaria, y el Salón comunitario, la constelación de instituciones que conforman la existencia de una identidad vecinal, de la pertenencia a determinada localidad. Algunas escuelas de las sierras tienen cien y hasta ciento cincuenta años de antigüedad. En consecuencia, la historia de cada paraje se entrelaza con la historia de la creación de su escuela primaria. La constitución de determinados parajes en pueblos es relatada oralmente como el resultado de un proceso civilizatorio exitoso, no necesariamente destinado a todos los lugares. En las conversaciones, los pobladores hablan del “*avance de tal localidad*” o de que “*tal localidad le ganó a tales otras*”, en referencia precisamente a este éxito en una presunta avanzada civilizatoria. El segundo hito de este proceso civilizatorio (después de la Capilla o de alguna referencia al Santo Patrono local), lo constituye, invariablemente, la edificación de la escuela primaria. Este es un fenómeno que prácticamente ya no ocurre, ya que hace varias generaciones, se ha consolidado el “mapa” de localidades que cuentan con escuela primaria. El resto de las localidades que no lograron obtener la escuela propia, se encuentran desde hace varias décadas en franco proceso de despoblamiento, y de reconversión productiva para fines ganaderos estacionales. La instalación de la escuela fue, cuando ocurrió, un acto efectivo de colonización, que estimuló la aproximación de familias cercanas a los lindes del paraje en cuestión.⁴ Para sociedades que practican la trashumancia ganadera como las aquí mencionadas, el lugar en que se ha concurrido a la escuela – o en su defecto, en donde asisten los hijos – es una de las más importantes referencias de la identidad personal. Sin embargo, esta condición no deja de im-

3- Otros productos de origen pecuario – carnes y lácteos – son más difíciles de vender desde el medio local, dadas las condiciones bromatológicas en que se produce.

4- Hoy, un fenómeno muy similar comienza a darse, aunque todavía de manera muy incipiente, con las escuelas secundarias. Del mismo modo, la continuidad de determinado territorio se ve cada vez más condicionada por la capacidad de retención de sus jóvenes a través de la instalación de alguna modalidad – tradicional o itinerante – de formación secundaria.

plicar tensiones entre la escolarización y las propias prácticas de movilidad estacional ganadera. En efecto, las unidades familiares deben ver cómo resolver el problema de la residencia de los jóvenes estudiantes, para que puedan cumplir con la escolaridad. La demanda que implica la escolarización primaria es muy alta. En primer lugar, por la fuerza de trabajo doméstica que debe ‘distraer’ de las faenas rurales. Por lo común, el cuidado del ganado menor durante el día es una tarea asignada a los niños en muchas sociedades pastoriles, ya que requiere de mucho tiempo y de relativamente poco esfuerzo físico. La escolarización resta precisamente esta posibilidad de fuerza de trabajo, causando que tengan que desplegarse otras estrategias domésticas para cubrir dicha ausencia.

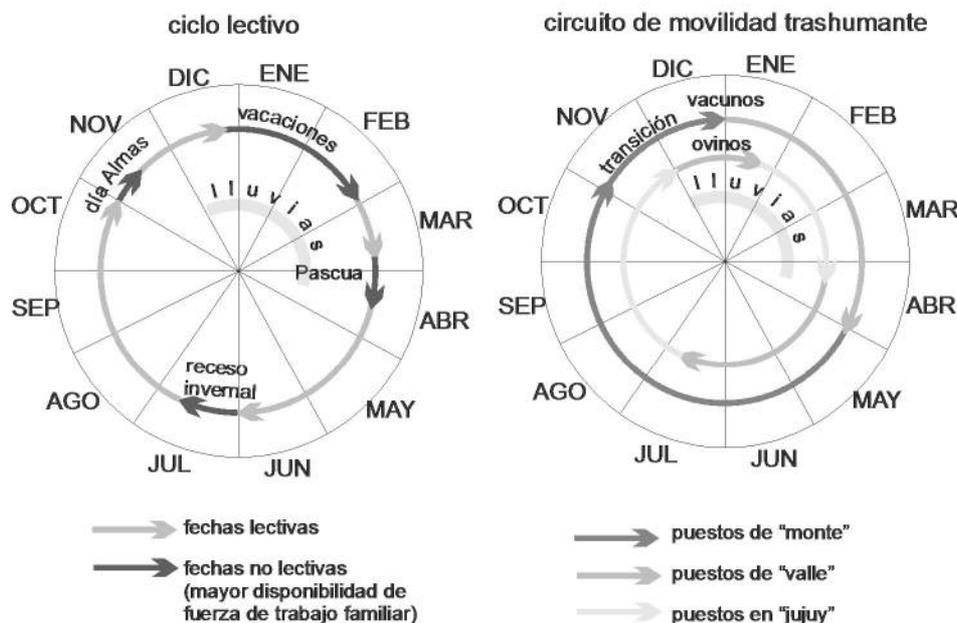
En segundo lugar, el hecho de que los niños asistan durante todos esos años a la escuela implica un desafío espacial para la trashumancia, ya que requiere que al menos una parte de la unidad familiar permanezca buena parte del año en el espacio contiguo a la escuela. Pueden hacerlo los niños solos (en un colegio pupilo), o bien los niños en presencia de un adulto (abuelo, hermana mayor, tía, etc.); pero, si la familia tiene muchos hijos escolarizados, requiere modificar la dinámica espacial anual.



Como se puede ver en el gráfico anterior, el calendario escolar en las provincias de Jujuy y Salta ofrece cuatro “ventanas” de interrupción lectiva: una muy extensa que dura de fines de diciembre hasta fines de febrero (el receso de verano); una ventana relativamente larga hacia mitad de año (el receso invernal). Entre ambas, se ubican dos pequeñas ventanas de receso escolar que sin embargo resultan muy importantes para la ganadería familiar en este territorio: una tiene lugar hacia abril aproximadamente (Semana Santa), y la otra – exclusiva de las mencionadas provincias – a principios de noviembre (día de Todos los Santos y día de las Almas: 1/11 y 2/11).

Si atendemos a las prácticas agropecuarias que requiere la movilidad trashumante, se observa que estas cuatro ventanas tienen la ventaja de que aumentan durante ese lapso la fuerza de trabajo familiar. Los niños en edad primaria, los adolescentes estudiando el secundario en las escuelas de las ciudades, y las madres que cuidan a los primeros, todos ellos se ven en estas fechas desocupados como para dedicarse a *la hacienda* (el ganado). De manera que las unidades familiares procuran hacer coincidir estas fechas con las de los desplazamientos de *la hacienda* de un paisaje a otro: tarea que demanda varios días de esfuerzo, organización y viaje.

Si se ponen en comparación el ciclo lectivo y sus interrupciones, con el ciclo de movilidad que requiere la trashumancia en las sierras en cuestión, veremos en qué momentos se aprovechan qué “ventanas” lectivas para realizar qué traslados de *la hacienda*:



Los primeros días de las vacaciones de verano pueden ser aprovechados por las chicas adolescentes o por los niños de primario para trasladar, junto a sus madres, a las ovejas desde *jujuy* hasta los puestos de *valle*. Mientras tanto, los muchachos adolescentes acompañan a sus padres hasta el *monte* a buscar a *la hacienda* bovina, y trasladarla cerro arriba hasta los puestos de *valle*. Esta fecha no es la óptima, ya que las lluvias comienzan en el *monte* antes que en el *valle*, de manera que los animales están expuestos a la profusión de insectos y a la reaparición de enfermedades como rabia, pisota, etc. Por esto mismo, los animales “*empiezan solos a subir*” hacia noviembre. De manera que la otra alternativa que aprovechan las familias es ir a buscar *la hacienda* para el 1° y 2° de noviembre, día de Todos los Santos y de las Almas, que suelen ser feriados provinciales en Jujuy.

Posteriormente, toda la unidad familiar se encuentra para enero – en pleno receso escolar – en los puestos de *valle*. La actividad pecuaria que resume este momento del año es “*la queseada*”, ya que es el período en que las ovejas empiezan a parir y pueden ser ordeñadas.

Luego de *la queseada* en el *valle*, las familias regresan con sus ovinos a los parajes en *jujuy*, hacia fines de enero, coincidiendo todavía con las vacaciones escolares.

Un segundo traslado de las ovejas requiere volver a llevarlas desde *jujuy* a los *valles*, para que *alcen* el pasto remanente, y simultáneamente, trasladar a las vacas de los *valles* al *monte*. Para estas actividades se aprovechan los días de Semana Santa, cuando otra vez la unidad familiar está plenamente disponible.

Por último, la tercera ventana lectiva – vacaciones de invierno – es aprovechada para el último traslado anual de *hacienda*: es decir, para volver a desplazar las ovejas desde el *valle* (donde no queda pasto ya) a *jujuy*, a donde pasarán el período más frío y seco alimentándose de rastrojos y de suplemento forrajero (alfalfa).

Como se observa, un aspecto de la escolaridad a tener en cuenta es su profundidad histórica. Las escuelas rurales han formado a más de una generación de campesinos andinos. El ciclo de trashumancia ganadera que hoy se practica no está determinado exclusivamente por las necesidades forrajeras de ovinos y bovinos, sino además, por la escolarización. Sin embargo, cuanto más condicionada está la familia a depender para sus prácticas ganaderas de la limitada disponibilidad de trabajo familiar que ofrecen las ventanas lectivas, más empobrecida será su tropa de ganado, y por lo tanto más dependiente será de otras alternativas laborales. La única de estas alternativas que asegura la continuidad de la unidad familiar en el paraje de origen en un mediano plazo, es la ofrecida por la propia escuela.

Conclusiones

Como hemos visto al principio de este ensayo, las instituciones estatales procuran ejecutar políticas para estas poblaciones dispersas en base a dos objetivos: lograr su arraigo en el medio rural disperso, y mejorar su capacidad para producir alimentos. Ambas líneas de acción se ejecutan de manera simultánea y se observan como dos caras de una misma moneda, que afecta a un sector social visualizado desde el Estado como homogéneo. Un ejemplo lo constituye la línea de financiación de emprendimientos familiares que arriba hemos analizado.

Sin embargo, hemos observado cómo diferentes unidades familiares eligen distintos destinos para sus proyectos de desarrollo, según aquello que se visualiza como prioritario para mejorar la calidad de vida. Hemos señalado que, en función de este criterio, existe cierta correlación entre las familias que priorizan proyectos de vivienda o de otro tipo ‘no productivo’ y la cercanía a la escuela. Son estas unidades familiares las que podríamos considerar en etapa de expansión (Balazote y Radovich 1992), es decir, aquellas en las que hay un crecimiento de la cantidad de consumidores por encima de la de productores. Esta condición se ve exacerbada por la propia situación de escolarización, que implica la reducción aún mayor de la capacidad productiva familiar, ya que no se puede contar con la fuerza de trabajo infantil o juvenil, salvo en las fechas de discontinuidad lectiva.⁵ Por ejemplo: familias que tienen

5- Se entenderá que la aproximación que aquí hacemos es puramente analítica y no valorativa: el trabajo infantil es un serio problema ético a resolver. Eso no significa que, en términos de análisis económico sustantivista de la canasta familiar, deje de tener un rol en la capacidad productiva de la unidad. Asimismo, cabe aclarar que no toda forma de trabajo infantil en la unidad familiar constituye un caso de explotación infantil.

a sus hijos escolarizados en determinada localidad rural deben reducir drásticamente sus tropas de ovejas y sus movimientos trashumantes. La reducción de las tropas de ovejas redundará en una disminución notable de la capacidad de abono del suelo, y en consecuencia, en una menor producción agrícola, de la que asimismo hay que descartar uno de los pisos ecológicos que ya no puede ser visitado con la frecuencia adecuada para la agricultura. Estas familias deben recurrir con más intensidad a la propia escuela como movilizadora económica, ya sea instalando pequeños comercios vecinales, brindando servicios a los docentes, empleándose en tareas de mantenimiento del propio edificio escolar, etc. Al hacerlo, radican niños en la localidad. De esta manera, se vuelven el corazón poblacional de los parajes dispersos en nuestro país: de estas familias depende la reproducción demográfica de la población rural.

Por el contrario, existe un conjunto de unidades familiares que, ante el proyecto de desarrollo, optan por el mejoramiento de sus actividades agropecuarias. Hemos observado que estas mismas familias son, precisamente, las que no guardan relación con la escuela. Esto ocurre en la mayoría de los casos (no todos), porque son familias transitando una etapa de fisión (Balazote y Radovich 1992), es decir, que carecen ya de niños escolarizados, en general debido a la avanzada edad de sus miembros. Son precisamente estas mismas familias las que pueden continuar las prácticas agropecuarias tradicionales en el marco de redes familiares extensas, ya que quienes compran o intercambian esos alimentos son por lo general, precisamente, aquellas unidades familiares que ahora dependen de las escuelas como principal fuente económica.

Como se observa, no necesariamente líneas de acción estatal tendientes a la radicación de las unidades familiares en el campo – sobre todo a la referida ‘población rural dispersa’ – han de ser las mismas que las políticas para mejorar la capacidad de producir alimentos familiares, ya que las unidades familiares que aportan presencia y crecimiento demográfico en el agro suelen no ser las mismas que las que tienen mejores condiciones para continuar y profundizar la producción agropecuaria tradicional (por ejemplo, mediante la trashumanía), aunque ambas categorías estén entrelazadas a través de redes extensas de parentesco.

Bibliografía citada

- BALAZOTE, Alejandro y Juan Carlos RADOVICH. 1992. “El concepto de grupo doméstico”. En: H. H. Trincheró (comp.): *Antropología Económica II. Conceptos fundamentales*. Bs. As., Colección Los Fundamentos de las Ciencias del Hombre, Centro Editor de América Latina.